

## JAPÓN EN UNA NUEVA CIVILIZACIÓN, DESDE UNA PRIMERA APROXIMACIÓN AL HECHO RELIGIOSO CRISTIANO

DOMINGO BARBOLLA CAMARERO  
*Universidad de Extremadura*  
*Fundación CINCI*

### RESUMEN

El artículo nos invita a pensar el encuentro entre el cristianismo y la cultura japonesa desde el punto de vista de la antropología. Para ello el autor propone un análisis a partir del paradigma de la Nueva civilización en la que los hombres construyen su vida en torno al concepto de la identidad planetaria. La vivencia del cristianismo en Japón es un ejemplo de la lógica de la supervivencia del *homo sapiens sapiens*.

*Palabras clave:* cristianismo, Identidad planetaria, Nueva civilización, Japón.

### ABSTRACT

This paper invites us to think the meeting between Christianity and Japanese culture in anthropologic point of view. The author proposes an analysis from the New civilisation paradigm, where the men build your life around the concept of the Planetary identity. The Christian life in Japan is an example of the *homo sapiens sapiens*' survival logic.

*Key words:* Christianity, Planetary identity, New civilisation, Japan.

En el año 2005 el profesor Carmelo Lisón Tolosana, nos ejercitó en la lectura con el texto: *La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*<sup>1</sup>. Él mismo nos dirá “presento en esta monografía un excepcional modo de encuentro interétnico especialmente cultural en el siglo XVI; encuentro pacífico, sin conquista con lanza, ni humillación del nativo, ni imposición de ideas, sin sed de oro, ni retórica colonial; encuentro en coexistencia respetuosa y en aculturación imaginativa cuidadosamente programada; encuentro realmente singular y único que muestra cómo la convivencia entre grupos heterogéneos y culturas diferentes no solo es posible sino deseable; encuentro con valor paradigmático para nuestros días en los que la etnicidad es el drama moral y el reto político de nuestro tiempo. Refiero la idea y el deseo, la realidad y lo humano del proceso escenificado por los jesuitas Francisco Javier, Cosme de Torres y Alessandro Valignano en su encuentro con el Japón de los samuráis en 1549, cada uno con su propia firma e idiosincrasia pero adelantándose a su contexto temporal y predicamento cultural”<sup>2</sup>.

Si prescindimos de esta primera reflexión y hacemos la nuestra en el contexto del recuerdo, nos encontramos con el intento bien intencionado de la Compañía de Jesús de propagar la fe cristiana desde la lógica de la razón. Desde la inteligencia común hicieron –en lo mostrado por el autor– apología del encuentro, confiando en el arte de la razón que los jesuitas vieron en el pueblo japonés de ese siglo compartido. Desde ese mutuo reconocimiento la fe hermanaría las dos identidades en el Cristo llegado de tierras lejanas. Una nueva forma de reconocerse iguales de mutua voluntad, desde la identidad compartida como hombres hasta el encuentro del Dios único abrazado como espacio dulcemente acariciado por todo hombre. Concepto similar al de identidad planetaria recogido y descrito por el profesor Lázaro que nos permitirá adentrarnos en el siglo XXI. “Hacemos identidad planetaria en el sentido en que reconocemos que es el lugar propio para poder identificarnos frente a lo que no somos y vemos que nos destruye: nuestro propio modo incompleto de fabricar identidades ficticias, en el sentido de desarraigadas de lo que realmente somos” (Lázaro, 2010)<sup>3</sup>.

Otro concepto debe ser definido para adentrarnos en la reflexión que el texto quiere mostrar, es el de Nueva Civilización. “Si hemos de definir el término “Nueva Civilización”, decir que representa la constatación de la interrelación entre las distintas culturas del planeta generando cercanías evidentes que nos

1 Madrid, Akal, 2005.

2 Sinopsis del libro, en <http://www.akal.com/libros/La-fascinaciOn-de-la-diferencia/9788446023227>, (12-11-2010).

3 D. BARBOLLA Y M. LÁZARO, “Migrantes latinoamericanos a España. Conformando identidades: planetaria y latinoamericana”, en *Migraciones latinoamericanas en la Nueva Civilización. Conformando identidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011 (en prensa).

permiten hablar de un único marco civilizatorio para comprender la cultura real de la humanidad en el comienzo del tercer milenio (Barbolla, 2008)<sup>4</sup>.

Pertrechados con la experiencia jesuítica de la razón encontrada esta en la cultura japonesa del siglo XVI, los conceptos de identidad planetaria y nueva civilización, estamos prestos a recorrer –a modo de introducción– el Japón y su devenir en el hecho cristiano. En la tradición antropológica, y a modo de organizar las distintas culturas, estas se agrupan en cinco grandes civilizaciones –ocho en el planteamiento de Samuel Hantington–, entre las cuales la japonesa se encuentra conformando una de ellas. En sí misma la nación japonesa con 130 millones de personas representa una cultura a la vez que una civilización, a tenor de la peculiar forma de ser por las lógicas de aislamiento histórico y el propio ecosistema medioambiental. Desde el contacto de los jesuitas y otras órdenes religiosas como dominicos, la fe cristiana se ha mantenido en el país hasta representar el 3% de la población<sup>5</sup>, dentro de una mayoría de cultura basada en el politeísmo del sintoísmo y budismo tradicional. Si bien partimos de este hecho diferenciador de una cultura-civilización en el análisis comprensivo del orden mundial, hoy nos adentramos en buscar otra lógica secuencial para analizar esa misma realidad cultural. Buscamos interpretar los hechos a tenor de un marco civilizatorio en el que la Humanidad está inmerso como interacción del intercambio de mercancías, ideas y valores, la suma, por tanto, de relaciones entre los pueblos y personas del mundo hasta conformar un sustrato común que nos permite hablar como lo hacemos.

Tan solo hace unos meses al analizar algunas categorías de jóvenes en la aldea global, decíamos: “Este libro representa el dibujo etnográfico de una parte de la realidad de los jóvenes que habitan la Aldea Global. Los autores entienden que estamos en el comienzo de una Nueva Civilización que se expresa en identidades en distintos lugares del Planeta desde una lógica que hermana a hikikomoris en el Japón, con fóbicos sociales españoles; friquis norteamericanos con europeos y botelloneros españoles con formas de vivir el presente siglo XXI. Nada que sancionar a estas formas de ser, muestras de esta realidad que cambia y convierte en normalidad experiencias antaño sancionadas. Bienvenidos a su universo”<sup>6</sup>. La obra plantea nuevas formas en el común escenario de la aldea global, formas de crear identidad en este universo compartido; alejado

4 D. BARBOLLA, *Desde Talayuela al cielo. Historias de inmigrantes buenos y malos*, Madrid, Entimema, 2008, 187.

5 Opinión mantenida por el profesor Mutsuo Yamada, en su conferencia sobre el tema pronunciada en la Facultad de Formación del Profesorado en la ciudad de Cáceres (Universidad de Extremadura), en mayo de 2009 y que se publica en esta obra; si bien otras informaciones nos hablan del 2,5%.

6 Contraportada del libro: D. BARBOLLA, J. SECO Y J. MORENO, *Nuevas juventudes en el la aldea global. Hikikomoris, friquis y otras identidades*, Badajoz, Abecedario, 2010.

de monoculturas diferenciadoras por sus entramados históricos legitimadores. Nada se puede interpretar desde enfoques isleños parcelando la realidad hasta tal punto que adquiera sentido el espectáculo enfocado. Más bien lo global debe estar inserto en el mismo zoom empleado para ampliar, al igual que la identidad planetaria, debe estar en el núcleo mismo de cómo nos identificamos cada uno de nosotros, entender de lo común para soportar la diferencia es el orden axiológico del que partimos, y lo hacemos con el propósito de mejor comprender a la vez que de generar pedagogía de la supervivencia común en estos albores del tercer milenio. Estamos soportados en un molde común a través del cual nos diferenciamos, esta doble visión nos unifica al hacernos más inteligentes. De igual forma lo común de las sociedades humanas se individualiza en culturas específicas, de ahí su fortaleza como proceso adaptativo pero a la vez debemos reconocer ese común, esas necesidades básicas de todas y cada una de las culturas y de todos y cada uno de los seres humanos que las componen. Hoy, en este tercer milenio de reconocimientos generalizados las mutuas interacciones están soportadas en un tronco común. De poco sirven, si queremos claridad, las nomenclaturas divisionales que nos hablan de los grupos humanos –de las culturas si queremos– como categorías aisladas, siendo una de estas la división de la Humanidad en civilizaciones. Apostamos por el encuentro interpretativo de la realidad al entender que estamos ante una nueva civilización, fruto del intercambio necesario de las distintas culturas que pueblan el planeta Tierra.

Ya lo escribimos en su momento, una nueva civilización surge, está ya presente, entre nosotros, y además, se hace única al incluir a las demás. De ser cierta tal afirmación estaríamos cambiando el modo en que vemos la realidad. De seguir siendo cierta esta segunda, nos habríamos adentrado en la magia de las cosas, incluso en la fuerza transformadora de las mismas palabras. Así cabe suponer que funciona la inteligencia humana; al nombrar se hace “realidad” lo nombrado, representación de lo percibido en el exterior a la propia mente que describe y analiza hasta llamar realidad a la débil energía que transporta el concepto anclado en el pensamiento para encadenar cosmovisiones cargadas de sentido, fabricadas en el escenario aparentemente neutro de la biología. Nuestra inteligencia une lo aparentemente disperso hasta completar un sentido y después, pertrechados del mismo, la autoridad moral se hace fuerte para ver y defender esa lógica abrazada por los retazos conceptuales que en forma de puzzle adquieren dibujos completos al entendimiento humano.

Los creadores de la lógica humana suelen ser intelectuales, profesores, incluso “hombres de poder” desde la batalla cotidiana por los recursos. Unos y otros acaban bendiciendo las posibilidades más “lógicas” hasta legitimar su gran descubrimiento en forma de verdad. Ahora nosotros queremos mostrar otra verdad posible, aquella que nos permite comprender mejor –como si de teoría

se tratara– la sociedad del siglo XXI (S21). Una comunidad humana de 6.800 millones de individuos –10.000 millones en el año 2050 como previsión– conocedora de sí misma como nunca a través de las tecnologías mediadas por ordenador, haciendo posible el movimiento de personas de unos países a otros en cuestión de horas y de intercambios de flujos millonarios monetarios en segundos; una humanidad con retos básicos para todos como el cambio climático, la disminución de energía disponible, las grandes corporaciones y los diminutos Estados son expresión de que ahora es posible el sueño acumulado por todos aquellos que vieron de nuestra especie una única realidad biológica interrelacionada de tal forma que la supervivencia de unos estuviera ligada a la de todos. Así nos lo pone de manifiesto Bertrand Russel, “La única cura definitiva de la guerra es la creación de un Estado Mundial o Superestado, lo bastante fuerte para decidir, mediante la ley, en todas las disputas internacionales, y un Estado Mundial es solo concebible después de que los distintos países del mundo se hayan relacionado tan íntimamente que ninguno de ellos pueda ser indiferente a lo que ocurra a los demás”<sup>7</sup>.

Kant con su *Paz perpetua* y Hegel con su visión universalista del hombre y el profesor Riccardo Campa con su *razón instrumental* como base del pensamiento europeo, son también aleccionadores de lo que mostramos. Los soñadores de la identidad planetaria, bien a través de conceptos como noosfera, ciudadanía universal, aldea global, paz perpetua..., bien pueden sentirse plantadores de la semilla de lo posible en los albores del tercer milenio de la humanidad. No es baladí este sueño acumulado, nos aparta de otra lógica de verdad interpretada desde los púlpitos del poder en el que se escenifica el mundo en ocho grandes civilizaciones (occidental, latinoamericana, ortodoxa, africana, musulmana, sínica, budista y japonesa) necesariamente enfrentadas unas o otras, o cuanto menos algunas de ellas. Samuel Huntignton fue el padre aglutinador de estos conceptos descriptores de la vida misma. Más nosotros seguidores de la estela de identidad posible como especie, decimos que ha llegado el momento anunciado de vernos todos en uno al entender que el homo sapiens sapiens nunca ha estado tan amenazado como ahora, a la vez que jamás ha disfrutado de tantas posibilidades para volcar su inteligencia sobre el planeta y sobre el conjunto del universo.

Si nos referimos al tema estricto de la inmigración y su repercusión en la vivencia religiosa, esta es una voluntad que expresa esta misma apuesta globalizadora. El movimiento de personas es la visualización de esta misma realidad a la que hacemos alusión. Al llegar de lugares distintos con cosmovisiones

7 Esto al menos se nos dice en *La aventura de pensar* de Fernando Savater, Barcelona, Debate, 2008, en el capítulo dedicado a Bertrand Russel.

diferentes, se forja el concepto mismo de civilización definida por Lévi-Strauss. Si además incluimos el pensamiento de Teilhard de Chardin “con un principio que se repite a lo largo de su obra: en el ámbito de la personalidad, la unión crea la diferencia: cuanto más unido estoy con Dios, más soy yo mismo... en la unión con el otro encuentro mi verdadero ser”<sup>8</sup>. Por tanto, la Nueva Civilización engendrada dota de autoridad a los que llegan para estar en “igualdad” ante los que están. Las sociedades complejas del tercer milenio tiene ya el sello de su adjetivo, siendo la convivencia, por tanto, de igual forma. Su complejidad parte en buena medida del número que en estos casos suele ser sustantivo, nos adherimos de esta forma a la distinción de solidaridades –mecánica y orgánica– que hizo en su día Durkheim. Pero también la complejidad es fruto de esta misma interacción al unirnos en un mismo espacio cultural gentes llegadas de distintos lugares –entornos étnicos comunes, decimos–, de ahí parte de su complejidad. El reto cotidiano para las personas, y también para los pueblos en su conjunto, es encontrar de forma creativa espacios nuevos que respondan a esa misma complejidad que siendo real se tiene que mirar con los nuevos ojos al participar cada uno en la construcción de esa misma respuesta necesaria para seguir siendo posible la convivencia en la complejidad. Lo simple se adhiere a la creencia en la posibilidad de que cada uno es partícipe de recrear esa misma diversidad a modo de sinfonía de mil sonidos. En esta sociedad compleja no valen las “recetas” masticadas por la tradición –quizás nunca han valido–, el hombre más que nunca es el centro de la construcción cultural. Ya lo han manifestado desde teorías sociológicas como el interaccionismo simbólico y otros; en cada uno de ellos el sujeto social, ante la acción específica, recrea los valores que conforman la sociedad, haciendo nuevo, por tanto, el bagaje cultural específico del que se nutre pero mediando por el contexto que siendo ahora complejo, resuelve en función de esa misma complejidad. Siguiendo a Jean Paul Sartre, el hombre se está reinventándose permanentemente. Debemos seguir a José Ortega y Gasset, cuando dice:” la creencia es aquello en lo que estamos, no la discutimos, luego están las ideas, que esas si son reflexivas y controvertidas, sobre ellas pensamos”, hagamos creencia de estos nuevos conceptos para navegar por las aguas calmas del futuro. En ello abocaremos a través de la educación siguiendo el pensamiento de Immanuel Kant: “no se debe educar a los niños únicamente según el estado presente de la especie humana, sino según su futuro estado posible y mejor, es decir, de acuerdo con la idea de humanidad y su destino total”.

8 Johnston, Willian, de la Universidad de Sofía, en el prólogo al magnífico libro *La nube del no saber y el libro de la orientación particular*, Anónimo Inglés s.XIV, Madrid, San Pablo, 1981, (pp.30).

De igual forma, el concepto de Nueva Civilización dota al entendimiento humano de significado en aras de una identidad común, aún entendiendo la fuerza de la cercanía en esto de definirnos. Ya lo hemos adelantado en distintos congresos (desde Moscú a Osaka pasando por Roma o La Habana y China para finalizar, por ahora, en Arlington) y en publicaciones como “La religión como instrumento de integración en inmigrantes islámicos y católicos latinoamericanos: el caso de Extremadura”<sup>9</sup>; “Civilizaciones encontradas: paradigma sin sentido. El caso de Talayuela”<sup>10</sup> y *Desde Talayuela al cielo. Historia de inmigrantes buenos y malos*,<sup>11</sup>. Desde estas publicaciones nos hemos estado adentrando en el mismo concepto, sirvan ellos, por tanto, de rememoración de lo dicho, teniendo como marco lo mantenido en Babilonia, la Civilización, era entonces, la organización de la gente en sociedades asentadas.

Una y otra vez hemos acogido el término “Nueva Civilización”<sup>12</sup> para mezclarnos en el presente, para tratar de definirle escapando de términos más comunes vinculados a la inmigración como integración, asimilación, acomodación, multiculturalidad, y en su caso como alternativa a la alianza de civilizaciones o a su antagónica lucha de estas. Un paso decisivo se ha producido en nuestro tiempo: el mutuo conocimiento de todos los pueblos del planeta, los retos comunes y la respuesta conjunta ante ellos; más que nunca y de forma sustantiva los seres humanos estamos “condenados” a entendernos, y es precisamente esta constatación la que nos permite ser más grandes, más fuertes ante los retos de todos, ante el reto que nos impone la vida para seguir formando parte de ella. La aldea global ya tiene un pensamiento suficiente unificado –dentro de sus múltiples diferencias– para poder hablar de cultura específica humana a lo *homo sapiens sapiens* en su totalidad; concedores de un único ecosistema condicionador del presente y del futuro nos catapulta a conformaciones ideológicas con troncalidad común entre casi todos, lenguaje simbólico que traspasando las diferencias aún existentes nos hablan del encuentro con la Humanidad como un todo. Desde la Noosfera de Teilhard de Chardin nos cobijamos en la conciencia planetaria como suma de todos y cada uno de nosotros, anunciador, por tanto, de lo que hoy podemos fijar como inteligencia humana vertebradora de una nueva civilización; en ella estamos, a ella nos dirigimos y desde ella construimos un discurso unificado como suma de las múltiples diferencias pero enlazadas en

9 Capítulo del autor publicado en *Hispanos en Estados Unidos, inmigrantes en España: ¿amenaza o nueva civilización*, Tomás Calvo Buezas (ed.), Madrid, Cataratas, 2006.

10 Capítulo del autor publicado en *IX y X Foros Ibn Arabí. La memoria al servicio de la humanidad*, Toledo, Ediciones de José Monleón, 2008.

11 Libro del autor, publicado en Madrid por la editorial Entinema, 2008.

12 El texto formó –como decimos– del libro Barbolla, D. *Desde Talayuela al cielo. Historia de inmigrantes buenos y malos*, Madrid, Entinema, 2008.

el soporte mutuo para seguir poblando desde la consciencia esto que llamamos presencia humana en la vida. Seguirán ocurriendo catástrofes violentas ideadas por esa parte de la humanidad más poderosa, pero ya nunca más podremos dudar de que estamos masacrando –de producirse el caso– a nuestros iguales y a piezas necesarias para el conjunto. Nuestra sociedad se articula ya en la necesaria simiente de consciencia planetaria, humanos desde la aldea global en las identidades heredadas hacia el futuro limitado a las tecnologías que nos hacen posible sentirnos únicos en el universo limitado pero increíblemente inabarcable. Esta misma inmensidad nos llama como sujeto único y desde esa unicidad de voz debemos contestar, justamente en el momento en que la humanidad se permite ese discurso compartido y unificador desde múltiples sonidos como polifonía creativa desde la plasticidad humana.

Ya hemos mencionado la unidad del momento en el que vivimos y la readaptación que ello genera y desde ella todo ha de ser posible en ilusiones nuevas, en inteligencias guiadoras universales compartidas y una de ellas, a modo de estrella, es y será más luminosa en el transcurrir del tiempo humano esta que nos habla el lenguaje del espacio compartido por los que hasta ahora consideramos extranjeros, extraños a nuestra definición de lo real. Nada queda a la arbitrariedad desde este llámese desdén compartido pero posible al no haber otro camino desde la lógica de la vida en paz, una paz que se hace presente en la creencia de una única civilización o se hará en el agotamiento de las posibilidades de la inteligencia de lo que nos ha construido como humanos, y no estoy hablando con ello de puro idealismo si no de razón, de ciencia social de mirada antropológica con sentido. Nos espera un futuro mezclador pero no uniforme, rico en diversidad y troncalidad común para todos sobrevivir; nos guiará un norte próspero en nuevos descubrimientos, emotivos encuentros con otras formas de vida y espacios estelares por los que navegar. La Tierra es ya sumamente pequeña como para parcelar las trincheras de breves intereses sin futuro. Bienvenidos al territorio de todos, bienvenidos a fronteras sin barreras, bienvenidos al futuro desde el presente expuesto; enhorabuena hombres y mujeres de esta Nueva Civilización, bienvenido nueva realidad. Será ella un sueño por vivir los más posibles, único medio posible para avanzar. A través del presente expuesto hemos de encontrar esta lógica llegada desde la inteligencia humana y enlazada con la afectividad más plena de lo que representa el ser humano en una evolución para llegar a comprender ese mismo soporte que nos hace comprender. Nada queda en el vacío de la soledad si nos encerramos en la única realidad percibida como tal en la cultura provinciana del sólo nosotros; es tiempo de abrir el “todos” desde un nosotros relativizado como esperanza. El nuevo pensamiento debe estar compuesto de esta percepción de la realidad, ella es biológicamen-

te más posible para la subsistencia de nuestra especie; en ella la esperanza se convierte en inteligencia, sigámosla.

Desde esta inteligencia descifradora de lo posible, hemos de preguntarnos la lógica de futuro en la dimensión religiosa tal y como la concibieron los jesuitas en su intento de evangelizar desde la razón a la cultura japonesa. ¿Hoy y el futuro generarán una dinámica cercana a la apuesta jesuítica?; debemos manifestar que el cristianismo está cargado de “razón” para el dialogar con los hombres conformados desde la identidad planetaria en esta nueva civilización. El Japón del siglo XXI refuerza lazos con el espíritu jesuítico del XIV, porque el cristianismo conforma voluntades en la interpretación del mundo para las ultimitudes globales del hombre, a la vez que identifica individualidades cargadas de la razón colectiva de los 10.000 millones de seres humanos. Somos, desde la unidad de un creador, máxima expresión de la individualidad y este será uno de los acicates de la conversión al cristianismo en este futuro común de la Humanidad. En ella hoy el 84% de los habitantes considera importante la religión<sup>13</sup>, si bien otros fuentes aportan datos que varían del 66% al 90%. Y dentro de los que se consideran religiosos la distribución aporta los siguientes datos:

a) cristianismo (en todas sus formas) 32,79; b) Islam 19,6; c) hinduismo 13,31; d) budismo 5,88; e) judaísmo 0,24; f) otras religiones 12,85; g) ateísmo 2,44; h) sin religión 12,53<sup>14</sup>. Números que al mostrar el hoy referencia, de igual forma, el futuro de la nueva civilización de la que hablamos, de los cuales mil millones de católicos<sup>15</sup> forman parte de esa lógica. En referencia al Japón con un porcentaje por debajo de la media mundial (3% frente al 17,4%) , la razón como guía del esfuerzo jesuítico se verá acrecentado en este espacio tecnificado como pocos, adherido a una joven y consolidada democracia cabe esperar un espacio religioso soportada en el Dios de los cristianos como reconocimiento a la individualidad a la vez que a la lógica del común principio del grupo como creador. La figura del Emperador como soporte simbólico de la socialización del individuo a la que se debe la “vida”, es una referencia creadora al Dios dador de la vida en la cosmovisión cristiana, a la vez que el reconocimiento del “ser persona” como atributo de la inteligencia en el que dialogar es un soporte muy válido para descubrir ese germen de misterio que representan las grandes preguntas humanas.

El orden que encontraron los primeros evangelizadores en el siglo XVI, es el que prevalecerá en el Japón del futuro en la aldea global a la que nos estamos

13 Según la encuesta Gallup 2010, realizada a 114 países, con una muestra de 1000 entrevistados por país. <http://www.mmmperu.org/pe/?p=4369>, el 22/11/2010.

14 <http://www.editoriallapaz.org/estadisticas.htm>, el 22/11/2010.

15 Otras fuentes nos hablan de 1.166 millones, el 17,4% de la población mundial. <http://www.elmundo.es/elmundo/2010/02/21/internacional/1266773868.html>, el 24/11/2010.

refiriendo, ya libres de aislamientos y temerosos del encuentro con la otredad, queda la inteligencia común fruto de la permanencia de la especie en los atributos básico para seguir existiendo. La fe en el Dios anunciado por la Iglesia durante dos milenios, se convierte en una apuesta inteligente para el futuro de la Humanidad, en esta consciencia de especie común que trata de entender su presencia en la creación y al propio Creador.

La identidad japonesa y el espíritu de la divinidad católica se entroncan en la maravillosa interacción de la razón y la lógica de ese espacio indefinido en el que busca el *homo sapiens sapiens* su inteligencia más profunda. Dos cosmovisiones fundidas en el presente-futuro de esto que hemos venido en llamar Nueva Civilización. Esperamos haber encontrado la visión profética en esto de mostrar el futuro, así lo entendemos desde el texto que prolonga el silencio de otras muchas voces en lo que puede ser la violencia encarnizada entre hermanos; ya lo somos todos y al buscar lo común nos encontramos con lo descrito en la esperanza de que los hombres nos veamos en el porvenir como el lobo y el cordero, pastando en los mismos pastos que nos permitan seguir vivos.